
POESIA



POEMAS

Manuel Cosío D. / Centro Universitario México

BOSQUEJO

Nace el día.
La ciudad, a lo lejos,
crece y se extiende
en el albor amarillento de su cielo.

¡Dios mío! ¡Cómo se sufre
cuando todo cambia,
cuando el hombre —suceso interminable—,
se da cuenta de la exacta
medida que posee.

Se perfilan los contornos
de los altos y ufanos edificios,
que quisieran ganar
con su impostora delgadez
las bóvedas angélicas.

Amanece.
La alondra, en la rama del sauce,
ha anunciado la muerte de la noche,
y va creciendo, junto a mí,
el pudor de la aurora.

¡Ah! ¡Si yo fuera como esa
hoja que tiembla en el árbol,
cooperadora en la creación del aire,
y pudiese rasgar, con el filo
de mi cuerpo,
una parte del viento. . .

*

En el instante de la luz
nace la sombra
como si nada pudiese contenerla.
Avanza reposadamente,
y va rozando las aristas
enflaquecidas de mi cuerpo,
mi pobre cuerpo hecho de hiel
y de agonía.

La encina se estremece,
y doblega sus ramas
ante el viento obscuro,
ennegrecido quizá
por el pecado.

¡Qué nostalgia se cierne en las alturas!
¡Cuánta inquietud me invade
cuando observo las nubes
hechas girones,
por el lamento de la enorme sombra!

¡Avanzar! ¡Avanzar!
Cambiar el lento paso de la vida,
por la carrera histérica
del tiempo.
Como si nada
fuera a llegar a su destino,
como si en un instante
una pesada sombra
amenazara con cubrir el canto,
desmerecido e inerme,
del poeta.

En cada eternidad
el viento helado de la tumba,
y también, como un ave agorera
en cada línea del cantar
un poco de la nada.

Es, solamente, dicen,
una sombra,
pero yo,
tomando mis viejos papeles,
agrego en el poema
una sola hoja blanca:
la tristeza.

*

Han caído las sombras
arrasándolo todo,
desgarrándolo todo,
encerrando
en su enorme misterio
los secretos del día;
entre tanto, he llorado
la muerte de la luz,
y he creído escuchar
el batir de las alas
del ángel
que la ha llevado en sus espaldas
hacia el cielo.

¡Cuán fácil es ser dios,
y acallar con la mano potente
los desvaríos sublimes de la noche!
¡Cuán fácil!

Llorar con las lágrimas del héroe vencido,
que se sabe impotente
de llevar su derrota;
y recoger el lauro caído
y ofrecerlo a la sombra
en el último acto
—postrera ofrenda—,
de victoria.

*

A José Angel,
viejo amigo, tanto,
que sólo en este verso
es posible recordarlo.

Esto es la soledad:
un continuo renacer de las formas
sojuzgando la claridad
de la alegría.
Un marchitar lo que apenas
reverdece,
un eterno abandono
de la obra comenzada,
un despreciar la luz
y amar la sombra.

Y, en la última instancia:
una claudicación ante la vida,
dedicación del alma
a recordar la nada.

*

Dentro de muy poco
no veré más el sueño
apacible de las rosas.

Dentro de muy poco
se verá la tumba
florecedor airoso,
pálida,
por sobre la tierra
de los vivos,
de los muertos,
de los inconscientes,
de aquellos que pudiendo no quisieron. . .
traicioneros.

En el corto tiempo
que ahora me resta,
podré escribir
en hojas
enfermas de angustia:
mi epitafio.

*

Las estrellas han muerto
y se ha crecido el gigante gris
de la nostalgia,
con su eterna indecisión pecaminosa,
caminante,
cruel,
opción entre un pasado muerto
y un presente que nace.

Una cierta tristeza se yergue,
y la mañana,
la mañana va tejiendo
alfombras verdes
de plantas enormes,
hurtadas a la callada ternura
de la aurora,
para que el ocaso
pueda pisar blando
el corazón del día.

*
